

gos y desatentados han querido imprimir un borron sobre la alta institucion de la Milicia, llamada á ser el mas firme y valedero sosten del órden público y de las libertades patrias.

Seguro estoy de que así obrareis, puesto que ya en vuestro nombre, y constituyéndose en fiel intérprete de vuestros sentimientos, se han apresurado á ofrecer al gobierno su mas decidida cooperacion los gefes y oficiales de la Milicia, la diputacion provincial y el ayuntamiento de esta capital, las autoridades civiles y militares, y cuantos están interesados en la conservacion de las instituciones liberales y de la tranquilidad pública, elemento principal de la existencia de un pueblo.—Madrid 8 de enero de 1856.—El gobernador civil, Cayetano Cardero.»

¡Dios quiera que los desaciertos del flamante partido de la UNION LIBERAL, no den márgen á nuevos conflictos!

De todos modos Zaragoza ha adquirido un nuevo derecho á la gratitud nacional.



CAPITULO L.

AMOR DE MADRE.

Hecha la primera cura de la grave herida que en la lucha del 19 de julio de 1854 habia recibido el jóven Enrique, fué trasladado al hogar paterno, con el esmero que su lastimosa situacion requería; y no queriendo el facultativo abandonarle un momento ínterin no cesára el peligro que amenazaba tan preciosa existencia, establecióse con su digna esposa en el palacio de la marquesa de Bellafior.

Rosa no habia querido tampoco abandonar á su jóven compañera, en el estado de postracion á que la habian reducido los violentos accesos de epilepsia, desde el momento en que vió á Enrique cubierto de sangre; y una leve indicacion habia sido suficiente para que trasladáran la hermana de la Caridad á la morada misma donde se confundian sus ayes con los que exhalaba el interesante herido.

Cesaron los accidentes de la bella jóven, y merced á la reflexion tanto acaso como á la eficacia de los remedios y afectuoso auxilio que se le prodigaron, recobró con su salud la suficiente serenidad para poder prestar al herido sus afanes y desvelos, obligacion que le parecia mas sagrada que nunca, después de los que ella misma habia recibido en aquella casa.

Si los esmeros de la benevolencia y del talento fueran suficientes para dar salud á los enfermos, rápidamente debiera haberla recobrado el infortunado Enrique.

Asistido por un sábio facultativo como don Antonio de Aguilar, por una madre amorosa cual María, por una criatura angelical como Rosa, por un servidor tan leal y activo como el negro Tomás, y por los tiernos esposos Manuel y Carolina, parecian inútiles los cuidados que la hermana de Caridad pudiera prodigarle; sin embargo, esta bondadosa jóven no paraba un momento; y lo hacia todo con tanta exactitud, con tan delicado tino, con tanta amabilidad, que no pocas veces arrancó lágrimas de gratitud á la desconsolada madre de Enrique.

¡Y á pesar de todo no daba el enfermo indicios de mejoría!

Luengos dias se habian deslizado sin que en el palacio del marqués de Bellaflor se entregára nadie pacíficamente á la dulzura del sueño.

—Eso no está bien—decia la hermana de la Caridad á María y á Rosa en un momento en que el enfermo dormia.—¿Qué gana don Enrique con que no se separen ustedes un instante de su lecho? La naturaleza no dá resistencia para tanto, y es indudable que van ustedes á caer tambien enfermas y aumentar las zozobras que nos afligen. Es preciso que establezcamos un riguroso turno para la asistencia del enfermo.

—Dice bien esta bondadosa jóven—repuso María, y dirigiendo á Rosa una mirada suplicante, añadió:—Vete á descansar, querida mia, que te hace buena falta. ¡Si vieras qué descolorida estás!

—Mas necesidad tienes tú de dormir—alegó Rosa.

—No lo creas.... yo estoy acostumbrada á pasar las noches en vela—replicó María.

—Pues tambien espresa la palidez de tu rostro las consecuencias de tus fatigas y desvelos.

—La palidez de mi rostro espresa las torturas del alma; pero no el cansancio del cuerpo.

—Desengañese usted, señora—dijo la hermana de la Caridad—cuando se unen los padecimientos morales á los físicos, y todos ellos obran con sobrada violencia, no hay en nosotras, débiles y miserables criaturas, suficientes fuerzas para sobrellevarlos.

—Esta piadosa jóven habla muy bien, María—añadió el facultativo don Antonio, que se hallaba tambien á la sazón cerca del enfermo.—Y has de saber que hay dolencias contra las cuales nada alcanza la medicina. El descanso del cuerpo es tan necesario como el alimento, y tú, María, has creído sin duda que eres de bronce. Pues has de saber que la resistencia humana es muy débil, y cuando se toma escaso alimento, cuando se está en una continua zozobra y se renuncia enteramente al sueño, pocos dias, muy pocos, créelo mi querida María, bastan para quitarnos la vida. ¿Y qué seria del pobre Enrique si á sus crueles padecimientos se agregase el dolor de perder á su madre? ¿Qué seria de todos nosotros si nos faltára tu auxilio? Tú nos das valor á todos, tú nos alientas con tu ejemplo y tus consejos acertados; pero no debes llevar ese mismo valor hasta el punto de consumir inútilmente el sacrificio de

tu preciosa existencia. Tú no te perteneces, María. Te debes enteramente á tu familia, y no solo á tu familia, sino á todos los desvalidos que con tanta razon te apellidan su madre. Tu mas sagrada obligacion es conservarte para consuelo de los desgraciados, vivir para tu esposo, para tu hijo, á quien me prometo aun salvar.

—¿De veras, Antonio? ¿Tienes aun esperanzas de salvar á mi Enrique?—preguntó con ansiedad la marquesa.

—Sí, hermana mia—contestó don Antonio—tengo esperanzas de salvar á Enrique, pero con la cooperacion de su madre.

—¿Y qué puedo yo apetecer mas que la salvacion de mi hijo?

—Pues has de hacerte cargo que Enrique no ha de recobrar su salud por que tú estés continuamente á la cabecera de su lecho. Bueno es que te vea con frecuencia, que oiga tus palabras consoladoras, porque las palabras de una madre son siempre un bálsamo benéfico para el corazon de un hijo; pero cuando el enfermo está sosegado, cuando como ahora mismo descansa en apacible sueño, debe tambien una madre prudente procurar restablecer sus fuerzas por medio del alimento y del descanso. Y tú, María, que tienes tantas personas que merecen tu confianza, tú que sabes que todos los que estamos aquí, que tu buen padre, tu hermano Manuel y su Carolina, todos en fin, todos amamos sinceramente á Enrique, todos nos esmeramos por devolverle la salud; todos hacemos cuanto está á nuestro alcance para conservarle á tu cariño, debes darnos alguna prueba de tu confianza, dejándole á nuestro cuidado algunos momentos. ¿Temes acaso que durante tu ausencia no será Enrique tratado con todo el esmero que su situacion reclama?

—¡Oh! no, no, querido Antonio—se apresuró á responder María—sé el amor que profesais á mi hijo, veo lo que estais haciendo todos por él, no sé cómo podré pagar los afanes de esta bon-

dadosa jóven—y María estrechó y besó la mano de la hermana de la Caridad;—pero me es tan acerbo separarme de mi Enrique...

—Considere usted que es indispensable, señora,—dijo la hermana de la Caridad—es absolutamente indispensable por todas las razones que acaba de manifestar el señor facultativo. Ahora que don Enrique duerme, puedo yo quedarme aquí, y usted y doña Rosa retirarse á descansar un poco.

—Yo agradezco mucho—repuso María—el buen celo de usted, hija mia; pero es imposible que en el estado en que veo á mi hijo me separe de él un momento.

—Te repito, María,—alegó el médico—que el estado en que se halla Enrique no es alarmante.

—No es alarmante... ¿qué quieres decir con esto, Antonio?

—Que Enrique está mucho mejor.

—¿De veras?

—No seas desconfiada, por Dios—dijo Rosa.—Cuando Antonio dice que Enrique está mejor, motivos tendrá para asegurarlo.

—Eso, eso es lo que me vuelve á la vida—esclamó con alegría la marquesa.—Decidme que Enrique está mejor, aseguradme que no le perderé, y vereis como se reaniman mis fuerzas. Es un remedio infalible que cura todas las heridas del corazon de una madre. Me hablais de tomar alimento... de ir á descansar... á dormir... Cuando una madre está á la cabecera del lecho de su hijo enfermo, el único alimento para ella es la esperanza de que recobre su hijo la salud, su descanso está en no separarse de su lado; y en cuanto á dormir, ninguna madre duerme cuando está en peligro el fruto de su amor, el objeto idolatrado á quien ha llevado en sus entrañas.

María tenia razon. ¿Quién no ha sido testigo de lo sublime que es el amor de madre en los momentos de prueba?

¡Hijos! ¿no es verdad que cuando estais enfermos, mas que vuestra enfermedad sea asquerosa, mas que sea un horrible contagio, de nadie recibís tan consoladoras caricias como de vuestra madre?

¿No es verdad que la veis de continuo junto á vuestro lecho de dolor?

¿No es verdad que en medio de la amargura que forzosamente debe desgarrar su alma, notais en su afable rostro una sonrisa de ángel que mitiga vuestros sufrimientos?

Pues bien, duran vuestras dolencias largas horas, dias y meses sin que vuestra madre se acobarde un momento, sin que su salud en la apariencia se debilite, sin que su resistencia se agote, y la veis dias y noches á vuestro lado prodigándoos todo linaje de consuelos.

¡Oh! no hay que dudarlo, como el amor de madre, no hay otro amor en el mundo.

El amor de madre nos inspiró, siendo aun muy jóvenes, la siguiente poesía:

Cuando alegres ruiseñores
saludan al nuevo dia,
y el alba asoma y las flores
de bellas perlas rocía,
todo es en el mundo amores.

AMOR ¡oh dulce palabra!
mas... ¿es siempre amor leal?
¿No existe amor criminal?
Amor que mas dichas labra
es el AMOR MATERNAL.

Lóase el amor de amantes
que abre tal vez un abismo

por ser amor de sí mismo,
que hay amores inconstantes
gérmenes del egoísmo.

Mas la maternal ternura
es tesoro de caricias
do no cabe la impostura;
es amor de un alma pura
que colma nuestras delicias.

Tierno el cariño de padre
derrama gratos destellos
en pro de sus hijos bellos;
mas el dulce amor de madre
delira siempre por ellos.

Su beso es el primer beso
que reciben nuestros labios
con celestial embeleso;
sus consejos, siempre sábios,
aspiran á honor ileso.

Y aunque ama como una loca,
cuerda en delirios de amor,
es, en cuanto á la honra toca
de sus hijos, firme roca
do se estrella el deshonor.

En tu seno ¡oh madre mia!
hizo amor mi primer lecho;
y al ver yo la luz del dia,
con dulcísima ambrosia
me alimentaste en tu pecho.

¡Ay del pobre desvalido
que por ageno deslíz
perdió objeto tan querido!
Cual tortolilla sin nido
gime huérfano infeliz.

Este amor sublime era el que contenía á la marquesa de Bellafior junto al lecho de su hijo.

Viendo el facultativo que no había otro recurso para lograr que aquella adorable mujer dejara algunas horas á su hijo, y cediera al deseo general de que tomase algun alimento y se acostase después un rato, había exagerado la esperanza que tenia de salvar á Enrique; pero María no se contentaba solo con la esperanza, ni podia tranquilizarse sino con una completa seguridad.

—Dices que no has perdido la esperanza de salvar á Enrique— exclamó con angustia —y esto me prueba de que está en gran peligro.

—¿Quién dice que está en peligro? —objetó el médico.

—¡Cómo! ¿es verdad que está fuera de peligro?

—Sí, querida mia, sí, y tanto, que espero entre en breve en el período de la convalecencia.

—Gracias, gracias, hermano mio—dijo María á su cuñado secándose una lágrima que el placer hizo saltar de sus ojos.—No sabes el consuelo que has esparcido por mi corazón.

—Pues bien, ahora que no tienes motivo de inquietud, anda con Rosa á tomar algun alimento; yo tambien me iré á hacer mis visitas.

—Pueden ustedes retirarse—dijo con dulzura la hermana de la Caridad—que yo me quedaré aquí mientras duerme el señorito, y á la menor novedad que pudiera ocurrir, avisaré á ustedes al momento.

Y pronunció sus últimas palabras abrazando afectuosamente á María y á Rosa.

—¡Dios bendiga á usted, hija mia!—dijo la marquesa besando á la hermana de la Caridad.

—Vamos, María —añadió Rosa con cariño.

—¿Y sin dar un beso á mi hijo?

—No es prudente..... podrias despertarle—repuso don Antonio—y el sueño le es tan provechoso!... Retiraos, hijas mias, retiraos. Yo estoy en este momento tan confiado en que todo irá bien, que, como he dicho ya, aprovecho esta feliz coyuntura para hacer algunas visitas. Sin embargo, no estaré mucho tiempo ausente.

A consecuencia de las precedentes súplicas, se retiraron María y Rosa.

Pocos momentos después dió el facultativo algunas instrucciones á la hermana de la Caridad, y salió tambien de la alcoba.

Dejemos dormir al pobre Enrique, mientras la piadosa jóven, sin testigo alguno, ocupa la silla inmediata á la cabecera del lecho del herido, la silla que hasta entonces no había abandonado María un solo instante, y sigamos á la marquesa de Bellafior y á su hermana.